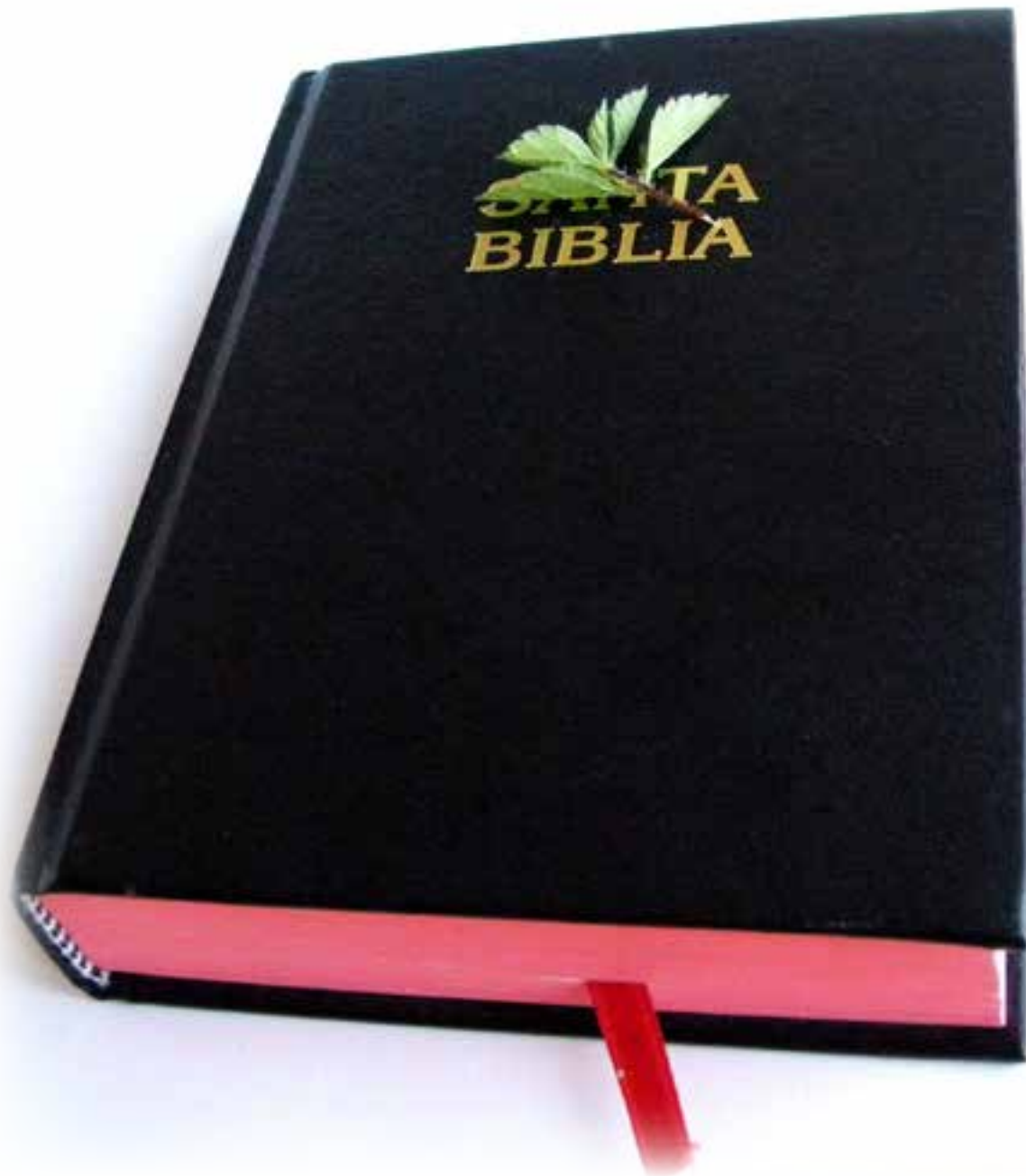


Doctrinas bíblicas simplemente explicadas



B. A. RAMSBOTTOM

Doctrinas bíblicas simplemente explicadas

Índice

Introducción	3
Capítulo 1: Dios.....	5
Capítulo 2: La Biblia.....	9
Capítulo 3: La creación.....	12
Capítulo 4: El hombre.....	14
Capítulo 5: La persona de Cristo	17
Capítulo 6: El Espíritu Santo	19
Capítulo 7: Elección	22
Capítulo 8: Redención	24
Capítulo 9: La resurrección.....	26
Capítulo 10: El nuevo nacimiento	29
Capítulo 11: Santificación	33
Capítulo 12: La providencia	36
Capítulo 13: Seguridad eterna.....	39
Capítulo 14: Las últimas cosas	42
Cristo murió por los impíos (por Horatio Bonar).....	45

Usado con permiso. Publicado originalmente en inglés bajo el título *Bible Doctrines Simply Explained* © 1986 Gospel Standard Trust Publications, 69 Langham Gardens, Grange Park, Londres N21 1DL, Inglaterra.

Doctrinas bíblicas simplemente explicadas © 2005 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación, 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

Doctrinas bíblicas simplemente explicadas

Introducción

Hace varios años quedaron huérfanos dos niños irlandeses, y ciertos católico romanos quisieron internarlos en una de sus escuelas. Los pequeños no quisieron ir, argumentando que no eran de esa religión. Finalmente el asunto se presentó ante un juez, y durante el juicio les hicieron docenas de preguntas acerca de sus creencias. *Los niños pudieron contestarlas todas.* El juez (creo que era católico romano) tuvo que admitir: “Estos niños saben lo que creen, y nadie puede cambiar el hecho de que sean protestantes”.

He deseado, por mucho tiempo, que nuestros niños aprendan lo que creemos. Los católico romanos conocen sus doctrinas. Los “testigos de Jehová” conocen las suyas. Ojalá nuestros propios niños no tuvieran ninguna duda sobre la verdad. Muchos niños conocen historias bíblicas, pero no conocen las doctrinas preciosas de nuestra sagrada fe.

Los capítulos de este libro se originaron en una serie de charlas sobre “lo que creemos” que se presentaron en la escuela dominical de la congregación de la cual soy pastor. Los niños tenían entre siete y dieciséis años y, en la mayoría de los casos, no parecían tener dificultad en comprender los temas. Lo más interesante era escuchar las preguntas doctrinales que aun los más pequeños planteaban.

Sabemos que los niños entienden con más facilidad lo que se les explica personalmente que lo que leen directamente de un libro. En el caso de los niños menores, será de ayuda leerles los capítulos.

La promesa de Dios es: “Se escribirá esto para la generación venidera; y el pueblo que está por nacer alabará a JAH” (Salmo 102:18).

Nos han alentado a seguir adelante con el trabajo de esta publicación en vista de que no hay nada impreso de esta naturaleza, a pesar de la gran necesidad en este sentido.

Debemos tener en cuenta varios factores al leer este libro:

1. Los niños a quienes se presentaron por primera vez estas charlas tenían un conocimiento general de los relatos bíblicos.
2. Por supuesto, quedó mucho por decir y habría muchos temas más para tratar, pero la intención ha sido mantener la sencillez en el contenido de los capítulos.

3. El autor escribe como un bautista estricto convencido, pero las doctrinas expuestas son las doctrinas reformadas, comúnmente conocidas como calvinismo.
4. Los relatos presentados han sido registrados tal y como el autor recordaba que se los habían contado o leído. Ha sido imposible confirmar la veracidad de cada detalle.
5. Al final de cada capítulo se sugieren varias porciones bíblicas para leer como estudio adicional. Las mismas no tienen como fin ofrecer “pruebas textuales” de las Escrituras sobre los temas sino como lecturas bíblicas provechosas sobre los mismos.
6. Aunque el título es “Doctrinas bíblicas simplemente explicadas” el autor entiende plenamente que lo único que se puede explicar es el significado de algo. Una comprensión auténtica y espiritual tiene que provenir de las enseñanzas del Espíritu Santo al corazón de cada uno.

Capítulo 1: Dios

Hace muchos años un anciano yacía enfermo en cama. Era un anciano malo que no creía en Dios. Sobre la cabecera de su cama había escrito “AQUÍ NO ESTÁ DIOS”.

Cierta día, entró en su cuarto su nietecita para visitarlo. Ésta estaba aprendiendo a leer, de modo que el anciano le pidió que intentara leer lo que había escrito sobre la cabecera de su cama. Comenzó lentamente, y lo que leyó fue: “AQUÍ... NOS... ESTÁ... DIOS”. *¡Aquí nos está Dios!*

El anciano se estremeció. Por primera vez caía en la cuenta de que realmente *hay* un Dios.

El primer punto en la religión es: “Creo en Dios”.

¿Cómo aprendemos acerca de Dios?

La Biblia nos dice que con sólo mirar las cosas hermosas hechas por Dios, sabemos que existe un Dios (Romanos 1:20). La corriente del arroyo, la puesta del sol, el mar, el cielo, las estrellas, las imponentes montañas y los collados —en todo podemos ver que hay un Dios. Toda la naturaleza exclama: “Hay un Dios, y él nos hizo”.

Pero es en la Biblia que realmente aprendemos acerca de Dios. ¿Quién es Dios? ¿Cómo es Dios? ¿Existe más de un Dios? La Biblia nos brinda todas las respuestas.

Un solo Dios

Muchos de ustedes ya habrán estudiado en la escuela acerca de los griegos, los romanos, los anglosajones y los vikingos, quienes creían en toda clase de dioses: Marte, Júpiter, Mercurio, Diana, Tor, Voden; dioses hombres y diosas mujeres, dioses de la guerra, dioses del amor, dioses de todo tipo de cosas. La Biblia nos dice que *sólo hay un Dios vivo y verdadero*. Los demás son dioses falsos, dioses muertos. Nuestro Dios ve. Oye. Habla. Todo lo sabe. *Él es el Dios viviente*.

¿Cómo es Dios?

Le pedí a un grupo de niños que investigaran y encontraran cuantas palabras les fuera posible para describir a Dios, a fin de que, utilizando la Biblia, nos fuese posible averiguar cómo es Dios. En un ratito pudimos encontrar lo siguiente:

Dios es santo, puro y justo. Aborrece el pecado.

Dios es todopoderoso. Puede hacer cualquier cosa. Puede hacerlo todo. (Notemos que los puritanos de antaño solían decir: “Dios no puede *morir* ni *mentir*”).

Dios es eterno. Ustedes conocen la historia de Moisés y la zarza ardiente. Fue en esa ocasión que Dios le dijo a Moisés que su nombre era: “YO SOY”. Sólo Dios puede decir esto. Hace cien años ni ustedes ni yo hubiéramos podido afirmar: “Yo soy”. Dentro de cien años ni ustedes ni yo podremos decir: “Yo soy”.

Dios es inmutable. Esta palabra parece difícil. ¿Por qué no decir sencillamente que Dios no cambia? Porque “inmutable” quiere decir más que esto. Quiere decir que Dios *no puede* cambiar.

Dios es invisible. No podemos ver a Dios, pero Dios siempre nos puede ver a nosotros. Pensemos en el himno de los niños:

*Dios está en el cielo, él me puede ver;
Si bien o mal me porto, él lo puede ver.
Sea de noche o de día, no importa el lugar;
Su mirada en mí está fija con seguridad.*

Dios es amor. Dios es misericordioso. Dios es sabio. Dios es clemente.

¿Dónde está Dios?

Cierta vez le hice esta pregunta a un grupo de niños: ¿Dónde está Dios? Tres niños alzaron la mano, y dieron sus respuestas, todas diferentes. *Pero todas eran correctas*: “Dios está en el cielo”, “Dios está en todas partes”, “Dios está aquí”.

La Trinidad

Amigos, ustedes habrán oído hablar acerca de la “Trinidad”. ¿Qué quiere decir “Trinidad”?

La Biblia nos enseña que sólo hay un Dios, pero que hay tres Personas en Dios: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Dios el Padre es Dios. Dios el Hijo (el Señor Jesucristo) es Dios. Dios el Espíritu Santo es Dios.

Muchos han intentado explicar el misterio de la Trinidad, pero nadie ha podido hacerlo. Hay un relato acerca de un ministro que hace muchos años le dijo a la congregación en el culto de la mañana que en el culto de la noche les explicaría el misterio de la Trinidad. Esa tarde vio a uno de sus diáconos arrodillado a la orilla del río con una cuchara en la mano.

—¿Qué haces? —le preguntó el pastor.

—Estoy vaciando el río con esta cuchara —contestó el diácono.

—Nunca podrás hacerlo —le dijo el pastor.

—¡Si usted esta noche puede explicar el misterio de la Trinidad, yo puedo vaciar el río con esta cuchara! —respondió el astuto anciano.

Pero a pesar de que no podemos explicar o entender la Trinidad, debemos creer en ella. Muchos han intentado explicarla. La razón por la cual los irlandeses adoptaron la hoja del trébol como su emblema fue porque cuando le preguntaron a Patricio (conocido comúnmente como San Patricio) acerca de la Trinidad, arrancó una hoja de trébol, y mostrándola, dijo:

—Tres en uno.

Tres hojas, un trébol. Muchos la han comparado con un dedo que se compone de hueso, sangre y piel. Los puritanos la comparaban con el sol, sus rayos y su calor. Pero en realidad nadie ha podido dar una explicación de la Trinidad. Es un misterio, un misterio del que la Biblia nos habla.

Hay muchas cosas que no puedo entender, pero aun así creo firmemente en ellas. Creo firmemente que al mover el interruptor de la luz, la bombilla en el cielo raso se prenderá y su luz iluminará la habitación. Sé que esto es así, y estoy seguro de ello. Pero no soy electricista, así que no puedo explicarlo.

Entonces, ¿qué hemos de creer acerca de la Trinidad? Pues bien, cuando oímos mencionar al Padre, o al Hijo o al Espíritu Santo, sabemos que la Biblia describe a cada uno como Dios —pero aun así dice que “sólo hay un Dios”.

Por lo tanto, las tres Personas están unidas y son iguales. El texto en que quizá más se repita esta unión es en la bendición que escuchamos al final del culto. Aquí las tres Personas están unidas como un solo Dios: “La gracia del *Señor Jesucristo*, el amor de Dios [*el Padre*], y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén” (2 Corintios 13:14).

Además, cuando un nuevo creyente es bautizado, se bautiza “en el nombre [*un nombre*] del Padre, y del *hijo*, y del *Espíritu Santo*” (Mateo 28:19).

Pero quizá lo más provechoso para nosotros es el relato del bautismo de Jesús en el río Jordán. Allí se encontraba *Dios el Hijo* en el agua, se vio a *Dios el Espíritu Santo* descender del cielo en la forma de una paloma. Se oyó decir a la voz de *Dios el Padre*: “*Este es mi hijo amado*”. Tres Personas, un Dios. En los primeros tiempos de la iglesia cristiana se solía decir: “¿Quieres saber acerca de la Trinidad? Entonces ve al río Jordán”.

Lo maravilloso es que nuestro Dios grande y santo se da a conocer tanto a hombres como a mujeres, a niños y niñas. Se da a conocer en la Persona de nuestro Señor Jesús. Mientras Dios no se da a conocer, todo es un misterio. Un misterio es algo que no se conoce hasta que se nos da a conocer.

Si en tu casa hubiera una copa de oro escondida sin que tú lo supieras, sería un misterio, porque no sabes qué es, ni dónde está. Pero si el que la escondió saca la copa de su escondite, te la muestra y aun te la *da*, te ha *revelado el misterio*.

Necesitamos pedirle a Dios: “Señor, revélate a mí”.

La persona, por más sabia que sea, no puede conocer a Dios a menos que Dios se le revele. El más simple puede conocerlo, si Dios se le revela. Un incapacitado mental, que apenas había hablado en toda su vida, antes de morir dijo:

—¿Qué veo? ¿Qué veo? Veo a Uno, y el Uno son Tres. ¡Tres en Uno y Uno en Tres! Y los Tres son todos para mí.

Lecturas bíblicas sugeridas

Salmo 104 (especialmente los primeros versículos). Hay otros salmos similares.

Isaías 6.

Isaías 40 (especialmente los versículos 12 al 26).

Mateo 3:13-17.

*Dios está delante de mí, él mi guía será;
Dios está detrás de mí, nada malo pasará;
Dios está a mi lado, me consolará,
Dios está a mi alrededor, nada mi alma temerá.*

Capítulo 2: La Biblia

La Biblia es el Libro de Dios. Nos habla acerca de Dios. Dice la verdad de principio a fin. No te gustaría que algunos de los textos escolares que utilizas, por ejemplo, el de historia o química, tuvieran errores.

Decimos que la Biblia ha sido *inspirada*. “Toda Escritura es inspirada por Dios” (2 Timoteo 3:16). ¿Qué quiere decir “inspirada”? No se refiere a lo que se refiere la gente cuando comentan acerca de algún corredor en una carrera: “Corrió como inspirado”. Queremos decir mucho más que esto. Queremos decir que la Biblia SALIÓ DEL ALIENTO DE DIOS. Dios con su aliento produjo la Biblia.

La Biblia fue escrita por muchos hombres diferentes: Moisés, Samuel, David, Isaías, Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Pablo y otros. Escribieron en distintas épocas, abarcando, entre todos, cientos de años. Algunos eran sabios, otros eran sencillos. Pero las palabras que cada uno de ellos escribió concuerdan. Tienen en sí mismas una autoridad especial.

La Biblia nos dice que “los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21). La palabra “inspirados” es la misma utilizada para describir a un barco que navega impulsado por el viento. Pedro sabía muy bien cómo los barcos se desplazaban por el Mar de Galilea; y aquí usa esa misma palabra para describir cómo él y los demás escritores de la Biblia fueron *inspirados* por Dios.

Dios no utilizó a los escritores de la Biblia como un niño o niña utiliza una máquina de escribir. La máquina de escribir no sabe ni siente nada. Los escritores de la Biblia sentían lo que escribían, y Pablo no escribió como Pedro, ni Pedro escribió como Juan. Pero Dios se encargó de que las palabras que cada uno escribía fueran las que él quería que escribiera.

También usamos la palabra *infalible*. Esto quiere decir mucho más que la Biblia sea fidedigna. Significa que simplemente no puede haber nada equivocado en la Biblia (aunque, por supuesto, hay cosas que no podemos comprender).

A menudo oímos decir que la Biblia no es fidedigna. Quizá sea un maestro en la escuela, o un amigo. Pero es muy, muy importante que nos mantengamos firmes en creer las verdades de la Biblia. En realidad es muy sencillo: *Si Dios ha tenido la bondad de darnos un libro que nos habla de él, él mismo se encargará de que no haya errores en su libro.*

Muchas veces las personas comentan sobre las contradicciones en la Biblia. Dicen: “En un lugar dice esto y en otro lugar dice algo muy distinto”.

Les ilustraré esto con un relato. En mis primeros años como pastor, recibí dos tarjetas postales de dos chicas adolescentes que asistían a mi congregación. Se habían ido juntas de vacaciones, hospedándose en el mismo lugar. Ambas escribieron sus tarjetas el mismo día, y ambas me llegaron juntas. Una decía: “Es un día precioso. Brilla el sol”. La otra decía: “Está lloviendo”. Ambas jóvenes eran honestas. Entonces,

¿por qué escribieron notas tan distintas, no obstante las dos diciendo la verdad? Sin duda podemos pensar en muchas razones. Lo mismo sucede con la Palabra de Dios.

¿Has notado cómo nuestro Señor Jesús siempre hablaba con mucha reverencia al referirse a la Biblia? Dijo: “La Escritura no puede ser quebrantada” (Juan 10:35). En sus primeras predicaciones citaba la Biblia para presentarse (Lucas 4:16-21). Al enfrentarse con Satanás, usó la Biblia como su arma (Lucas 4:1-12). Citaba la Biblia para enseñar a sus seguidores (Juan 6:25-34), y para silenciar a sus enemigos también utilizaba las palabras de la Biblia (Mateo 15:1-9). Aun colgado en la cruz, el Señor Jesús citó las Escrituras (Mateo 27:46). Y al resucitar de entre los muertos también citó pasajes del Antiguo Testamento (Lucas 24:27).

Es probable que cuando en la escuela te dicen que no creen en la Biblia, se refieren a cosas como Adán y Eva, Noé y su arca, la esposa de Lot convertida en una estatua de sal, o de Jonás y la ballena. Es interesante que Jesús escogió todos estos relatos y se refirió a ellos como verídicos (Mateo 19:4, 5; Lucas 17:26, 27; Lucas 10:12; Mateo 12:39-41).

Algunos chicos y chicas preguntarán: “¿Qué son los libros apócrifos?”. Los libros apócrifos son varios libros de los tiempos bíblicos que nunca han sido realmente contados como parte de la Biblia. Nuestra Biblia consta de treinta y nueve libros en el Antiguo Testamento y veintisiete en el Nuevo Testamento. Es de notar que en el Nuevo Testamento se cita con frecuencia al Antiguo Testamento diciendo: “Dios dijo” o “El Espíritu de Dios dijo”, pero en ningún caso cita nada de los libros apócrifos.

Nuestra Biblia fue originalmente escrita en los idiomas hebreo y griego, pero damos gracias a Dios por una buena traducción. Muchos niños han leído acerca de cómo Guillermo Tyndale dedicó largas horas a la traducción de la Biblia al inglés. Al igual que los que tradujeron la Biblia al castellano, decía que quería que tanto el humilde campesino como la persona más educada pudieran entender la Biblia. Cuán maravilloso es pensar en el amor de estos hombres, escondidos en sus buhardillas año tras año, trabajando día y noche para que nosotros pudiésemos tener la Biblia en nuestro idioma. Estos traductores fueron perseguidos y algunos ajusticiados. Una cosa es ser un predicador famoso con miles de seguidores, y otra cosa es estar escondido, trabajando arduamente en la traducción de la Biblia.

Agradecemos a Dios por tener la Biblia en nuestro idioma. ¡Y pensar que hubo épocas en que el agricultor daba una carreta llena de heno para comprar una página de la Biblia!

Hemos sabido de gente que lucharía hasta la muerte por defender el hecho de que la Biblia es verdad. *¡Pero nunca la leen!*

Cierta niñita recibió una Biblia como regalo, y escribió en el frente:

*¡Señor amado! ¡Instructor divino!
Quédate por siempre cerca de mí;
Enséñame a amar tu Santa Palabra,*

Ya encontrar a mi Salvador en ella.

La niña encontró al Salvador en las páginas de su Biblia. Leámosla, amémosla, pero, sobre todo, encontremos en ella al Señor Jesús.

Una oración apropiada al leer la Biblia es: “Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley” (Salmo 119:18).

Lecturas bíblicas sugeridas

Salmo 19.

Todo el Salmo 119 o cualquier porción del mismo.

Capítulo 3: La creación

Todo fue creado por Dios. Una vez le preguntaron a un muchachito si sabía qué quiere decir la palabra “crear”.

—Sí —contestó—. Quiere decir hacer algo de la nada.

Su respuesta fue acertada. Si un hombre está construyendo una mesa, ¿qué necesita? Madera, clavos, cola, herramientas. Si una mujer está haciendo un bizcochuelo, ¿qué necesita? Harina, azúcar, mantequilla, huevos y un batidor. Pero Dios hizo todo de la nada. Eso es creación.

Para Dios fue fácil crear todas las cosas. Sencillamente, lo hizo todo hablando. La Biblia nos dice que “Dios habló, y fue así”. Por eso, en el libro de Génesis (“el libro de los comienzos”) leemos repetidamente: “Y dijo Dios, sea... y fue así”.

Dios creó todo en seis días.

1. La luz.
2. El aire y las nubes.
3. La tierra y todas lo que crece en ella.
4. El sol, la luna y las estrellas.
5. Los seres del mar y las aves.
6. Los animales de la tierra y el hombre.

Todo ocurrió tan pronto como Dios lo ordenó. Y no cometió errores; no hubo necesidad de probar varias veces para ver si todo le salía bien. Todo era perfecto.

Dios descansó en el séptimo día. Por eso fue que Dios nos dio el sábado, un día entre siete, como un día de descanso en el cual no trabajamos ni jugamos. ¿Por qué entonces ahora es nuestro día de descanso el domingo y no el sábado? Porque el Señor Jesús resucitó un domingo, y en el tiempo de los apóstoles, el día de reposo cambió del séptimo día de la semana al primero. Desde el principio, lo importante era tener un día de descanso entre siete.

La mayoría de los niños saben que algunos no creen que Dios haya creado el mundo. Piensan que ocurrió por casualidad. Atanasio Kircher, famoso matemático alemán, recibió la visita de una persona que creía esto. Éste colocó un globo terráqueo en un rincón de la habitación de manera que el visitante pudiera verlo. Al rato, su visita le preguntó:

—¿Dónde conseguiste ese globo tan hermoso? ¿Quién lo hizo?

—Nadie —le contestó Kircher—, ocurrió por casualidad.

El visitante, por supuesto, se asombró al oír la respuesta, y se quedó mirando a su anfitrión.

—Pues bien —continuó el famoso matemático—. Usted se asombra de que le sugiera que este globo ocurrió por casualidad. Entonces, ¿cómo se le ocurre creer eso mismo sobre nuestro mundo siendo tan magnífico y hermoso?

Es posible que en la escuela te enseñen que el hombre no fue creado sino que descendió de los animales. Esto se conoce como “*teoría de la evolución*”. La Biblia nos dice claramente que Dios creó a Adán del polvo de la tierra, y a Eva del costado de Adán. En un libro tan breve como éste, no podemos contestar todos los ataques a la Biblia y al relato de la creación, pero mencionaremos algunas realidades:

1. La teoría de la evolución nunca ha sido confirmada. Muchos científicos famosos han sido y son cristianos, creían y creen firmemente en el relato bíblico de la creación.
2. La Biblia no es un libro científico, y coincidimos que habría mucho más por decir. Pero no tiene errores. No contradice en nada a la auténtica ciencia. El trabajo de un auténtico científico es observar, hacer anotaciones de lo que ha observado y llegar a sus conclusiones basado en sus observaciones y apuntes. La labor del historiador es escribir los acontecimientos tal como van ocurriendo. Ningún científico estuvo presente para observar la creación. Pero Dios sí lo estuvo.
3. No vemos que actualmente esté ocurriendo ninguna evolución. Por ejemplo, se crían caballos de mejor calidad, pero no vemos que un caballo se convierta en una vaca, o un cerdo en una oveja.

Gentes de todas las eras, culturas y de todos los países han podido entender el bello relato de la creación. Aun los niños pequeños pueden entenderlo. ¡Cuán grande es Dios! ¡Cuán hermoso es el mundo que Dios ha creado! ¡Cuán bueno es nuestro Creador!

¡Y qué maravilloso es poder conversar con este gran Creador por medio de la oración! Este gran Dios ama a su pueblo. A veces, en la noche repleta de estrellas, miramos llenos de asombro hacia el cielo: “Cuando veo tus cielos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre...?” Sentimos que “Este gran Dios es mi Salvador y mi Amigo”.

Lecturas bíblicas sugeridas

Génesis 1-2.

Salmo 8.

Salmo 33:1-9.

Capítulo 4: El hombre

Una vez había un señor que tenía un reloj que no funcionaba.

—Déjelo unos días para ver qué pasa —le sugirieron.

Pero pasaron los días y el reloj seguía parado.

—Necesita aceitarlo —le dijeron.

El señor lo aceitó, pero no pasó nada. Entones le recomendaron toda clase de cosas, como ser: darle una buena sacudida, ponerlo en un lugar diferente, etc. Como nada dio resultado el dueño del reloj decidió llevarlo al comercio donde lo había comprado.

—Se lo enviaremos a sus fabricantes —le dijeron allí.

El reloj fue regresado por sus fabricantes con un solo comentario: “NECESITA UN INTERIOR NUEVO. EL RESORTE ESTÁ ROTO”.

¡Que retrato del ser humano! Leemos sobre cosas horrendas: crímenes, asesinatos, violencias, robos, etc., y sobre los medios que se usan para evitarlas: educación, más escuelas, más policías, reformatorios, cárceles. Pero aun así el hombre sigue siendo tan malo como siempre. ¿Por qué? Porque la maldad del hombre está en su corazón. Su mente, su voluntad, sus sentimientos y su entendimiento son completamente malos. El hombre es pecador.

La palabra bíblica para esta condición es “caído”, el hombre es un hombre “caído”. No estuvo siempre “caído” porque Dios hizo perfecto al hombre. Dios hizo al hombre del polvo de la tierra; le dio un alma, y lo hizo distinto de todos los animales. En el Jardín del Edén vemos al hombre antes de su Caída: feliz, lleno de paz, disfrutando de la unión con su Hacedor.

Pero ocurrió la Caída. Al preguntarle a un niño qué quería decir “la Caída”, dio una sencilla pero acertada respuesta:

—Adán cayó de lo bueno a lo malo.

Todos caímos con Adán. Adán es “la cabeza de todos nosotros”. Antes del encuentro entre David y Goliat, éste dijo: “Escojan a un hombre que pelee por ustedes que yo pelearé por los filisteos”. David fue “la cabeza” de los israelitas (los israelitas estaban “representados” en David); Goliat fue “la cabeza” de los filisteos (todos los filisteos estaban “representados” en él). David venció, por lo tanto todo Israel venció. Goliat perdió, y por lo tanto perdieron los filisteos. Nosotros estábamos representados en Adán: peleamos, perdimos, caímos. Así que “El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” Romanos 5:12. Ésta es la doctrina del “pecado original”.

Nacemos en este mundo como pecadores, el corazón de cada uno está depravado, y, por eso, al ir creciendo, pecamos de palabra, pensamiento y obra. No amamos al

Señor con todo nuestro corazón, nuestra mente, nuestra alma ni con nuestras fuerzas. *No somos pecadores porque pecamos. Pecamos porque somos pecadores.* “El pecado es transgresión de la ley de Dios”. Dios nos ha dado una ley santa y buena: los diez mandamientos. Los quebrantamos. Somos culpables. Merecemos castigo eterno.

Porque hemos pecado tenemos que morir (y después de la muerte el juicio). “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23).

Hace unos años se trazaron los planos para la construcción de una ciudad nueva y hermosa, una ciudad *ideal*.

—Pero, ¿dónde está la comisaría? —preguntó un visitante al ver los planos.

—No habrá necesidad de ningún policía en este ambiente maravilloso —fue la respuesta dada con una sonrisa.

—Pero no hay ningún templo —persistió el visitante.

La respuesta, dada nuevamente con una sonrisa, fue:

—Cuando llegue el momento de construir la ciudad, ya nadie querrá ir a la iglesia.

Pero el visitante no se dio por vencido, y preguntó:

—¿Por qué no hay un cementerio?

¡Silencio! ¡No hubo respuesta a esta pregunta!

No podemos hacer nada para salvarnos a nosotros mismos. No podemos darnos libertad a nosotros mismos. Somos impotentes y culpables. Somos como aquel reloj: necesitamos un interior nuevo. Se cuenta la historia de un morenito que cayó en un foso. Se acercaba la noche con los peligros de los animales salvajes, y el morenito no podía salir del foso. Temblaba de miedo. Varios del lugar se juntaron a su alrededor. Uno de ellos le dijo que había sido muy tonto por haberse caído en el foso. Otro le dijo que eso le había pasado por travieso y jugar cerca del hoyo. Un tercero le dijo que saliera de la misma manera como había caído (que, por supuesto, no podía). Otro le tiró una rama para que se sujetara, pero ésta se rompió. Para colmo, alguien lo sermoneó diciéndole que cuando saliera, ¡no volviera a caerse! Mientras tanto, la noche se iba poniendo más oscura. Por fin un hombre muy fuerte y bueno bajó al foso, tomó al morenito en sus brazos, lo alzó y sacó del foso.

Nuestra necesidad es tan grande que necesitamos que el Señor Jesús haga *todo* por nosotros.

Se cuenta la historia de una pequeña sirvienta escocesa. Un pastor escocés de renombre, dirigía el culto en la casa donde se estaba hospedando. Preguntó si todos estaban presentes. La respuesta fue:

—Sí, todos menos la pequeña sirvienta que está en la cocina. Ella no entendería nada. No puede leer ni escribir.

El pastor insistió que buscaran a la muchachita. Luego de hacerle varias preguntas, se dio cuenta de que ésta no tenía ninguna noción de la religión. Antes de

partir, el pastor le enseñó a la pequeña a decir esta oración: “SEÑOR, MUÉSTRAME A MÍ MISMA”.

Más adelante, cuando el pastor volvió a visitar dicha casa, encontró a la muchachita muy triste y afligida. Al preguntarle la causa, se enteró de que estaba agobiada por un sentido de culpa y de pecado ante un Dios Santo. Su oración había sido contestada. Entonces el ministro le habló acerca del Señor Jesús, y le enseñó otra oración: “SEÑOR, MUÉSTRAME A TI MISMO”.

Pasaron muchos años antes de que volvieran a encontrarse. Fue una amable señorita, regocijándose en la salvación de Dios, la que se presentó al pastor contándole cómo la segunda oración había sido contestada, y cuánto amaba a Jesús como su Salvador.

Lecturas bíblicas sugeridas

Génesis 3.

Romanos 1:18-31.

Romanos 3:9-20, 23.

*Dios quiere a los hombres,
pero no los necesita.
El hombre necesita a Dios
pero no lo quiere.*

Capítulo 5: La persona de Cristo

Cuando el Señor Jesús entró a Jerusalén montado en un pollino, la gente se preguntaba algo importante: “¿QUIÉN ES ÉSTE?” Nosotros tenemos que saber la respuesta. ¿Quién era Jesús? ¿Quién es Jesús?

1. *Jesús no era un hombre como todos.* Era (y es) Dios. Es todopoderoso. Puede hacer todo lo que quiere.

Antes de venir a la tierra, antes de nacer en Belén, Jesús, siendo Dios, vivía en el cielo. Estos cánticos infantiles lo explican bien:

*Del cielo vino a la tierra,
Él que es Dios y Señor de todo.
Jesús el cual vivía en los cielos,
Vino al mundo para ser un Hombre, y morir.*

2. *Jesús era realmente un hombre.* Nació. Aunque no tenía un padre humano, tenía una madre humana, María. Sufría hambre, sentía dolor. Se cansaba (como cuando se sentó junto al pozo en Samaria). Lloraba (como ante la tumba de Lázaro). Dormía (aun una vez en una barca).

3. *Jamás cometió pecado.* La Biblia lo describe: “Santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores” (Hebreos 7:26). Nunca hizo, dijo ni pensó nada que fuera incorrecto.

Podía ser tentado, pero no podía pecar (era “impecable”). Su vida humana nunca existió separada de su naturaleza divina, pues seguía siendo Dios.

Cuando nosotros somos tentados, a menudo pecamos. Somos como los hermosos charcos en las rocas junto al mar; parecen tan cristalinos, pero si uno toma un palo y les agita el fondo, se tornan opacos y oscuros. Pero no sucede lo mismo con el Señor Jesús. Cuando Satanás trató de agitarlo con su palo, no había nada que opacara y oscureciera a nuestro Señor Jesús.

Pilato lo intentó seriamente, pero “no halló falta alguna en el hombre”. El soldado romano al pie de la cruz exclamó: “Verdaderamente éste era un Hombre justo”.

Ni aun Satanás pudo encontrarle una falla, ni falta.

Cuando Dios miró a su Hijo desde el cielo, dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. Su Hijo amado cumplió perfectamente su ley.

A veces, los niños y niñas preguntan: “¿Cómo podemos estar seguros de que Jesús es Dios?”

1. En la Biblia encontramos muchos pasajes que nos dicen claramente que él es Dios; por ejemplo: “En el principio era el Verbo [o sea, el Señor Jesús], y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Juan 1:1). “Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5). “Mas del Hijo dice: tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo” (Hebreos 1:8).

Cierta vez un hombre hizo la siguiente pregunta:

—Si Jesús es realmente Dios, ¿por qué no lo dice la Biblia?

Su interlocutor le preguntó qué le gustaría que la Biblia dijera acerca de eso.

—Algo como “Este es el Dios verdadero” —respondió.

Seguidamente, el otro le mostró 1 Juan 5:20 que justamente dice eso de Jesús: “Este es el Dios verdadero”.

2. Pero entonces Jesús debe ser adorado —y tenemos que adorar sólo a Dios. Hemos de orar a él —y no podemos orar a otro sino a Dios. Realizó milagros maravillosos como prueba de que es Dios. Su resurrección es prueba de que es Dios, y sólo un hombre que es Dios puede resucitar por su propio poder.

*Algunos niños y niñas pueden bien decir:
Que Cristo es Dios, puedo dar pruebas,
Y que ama y cuida a su pueblo;
Porque he orado muchas veces a él como tal,
Y él ha escuchado mis oraciones.*

Jesús murió, pero resucitó, y luego volvió al cielo. Allí se encuentra y sigue siendo verdaderamente un hombre, pero ha sido “coronado de gloria y honra” ahora y para siempre.

Hay quienes dicen: “Creo que Jesús fue un buen hombre, pero no puedo creer que era Dios”. La cuestión es que tiene que ser uno u otro, no puede ser ambos. Después de todo lo que Jesús afirmó ser, si *no* es Dios, tampoco puede haber sido un hombre *bueno*.

Al igual que los sabios de oriente, podríamos hacer otra pregunta más: “¿Dónde está él?” Queremos encontrarlo, queremos conocerlo, adorarlo y amarlo.

¿QUÉ CREES TÚ DE CRISTO?

Lecturas bíblicas sugeridas

Mateo 1:18-25 y el capítulo 2 presentan un relato del nacimiento de Jesús, también Lucas 1:26-38 y el capítulo 2. Lee además los Salmos 45 y 72, Juan 1:1-14 y Hebreos 1 y 2. En cualquier parte que leas en el Evangelio de Juan, notarás que enfatiza que Jesucristo es Dios.

*La naturaleza nos forma.
El pecado nos deforma.
La escuela nos informa.
Pero sólo CRISTO nos transforma.*

Capítulo 6: El Espíritu Santo

Un canto que los niños aprenden en la escuela dominical dice así:

¿Quién ha visto el viento?

Ni tú ni yo por cierto.

La Biblia compara al Espíritu Santo con el viento. No podemos ver el viento en un día ventoso pero podemos sentir sus efectos: un sombrero llevado por el viento, el humo arremolinado, los objetos arrastrados por las ráfagas. El viento tiene un poder tremendo, hemos leído en las noticias de ocasiones en que el viento ha impulsado a automóviles sacándolos de las carreteras.

Pero hay dos cosas que tenemos que recordar siempre, dos cosas que muchas veces se nos olvidan:

1. *El Espíritu Santo es una persona* — No es meramente un sentimiento o una influencia. Esto es muy importante.

La Biblia dice muchas cosas que se pueden decir sólo de una persona (referirse al Espíritu Santo como “eso” o “ello” es incorrecto). Por ejemplo, el Espíritu Santo:

Ama — Romanos 15:30.

Se entristece — Efesios 4:30.

Se le puede mentir — Hechos 5:3.

Convince — Juan 16:8

Da — 1 Corintios 12:8-11.

Es un testigo — 1 Juan 5:7.

Tiene conocimientos — 1 Corintios 2:11; 12:8; Juan 14:26.

Uno puede pecar contra él — Mateo 12:32, 33.

2. *El Espíritu Santo es una persona divina*. Es Dios. Es eterno. Lo sabe todo (“omnisciente”). Es todopoderoso (“omnipotente”). Está en todas partes (“omnipresente”).

En muchas iglesias, al final del culto el pastor da la bendición bíblica que comienza: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y *la comunión del Espíritu Santo*... (2 Corintios 13:14). Aquí, Dios el Espíritu Santo se encuentra unido a Dios el Padre y a Dios el Hijo — un solo Dios.

Cuando alguien es bautizado, lo hace “en el *nombre* (en vez de “nombres”) del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. Una vez más vemos que Dios el Espíritu Santo está unido a Dios el Padre y a Dios el Hijo.

Además, la Biblia nos advierte en cuanto a *blasfemar* contra el Espíritu Santo. Ahora bien, sólo se puede blasfemar en contra de una Persona que sea Dios. Si dices cosas horribles contra un gobernante poderoso o en contra del pastor más santo, esto es malo, pero no es blasfemia. “Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada” (Mateo 12:31).

También está el hecho de que podemos *orar* al Espíritu Santo, y, por supuesto, eso sería un pecado si él no fuera Dios.

Todos conocemos el triste relato de Ananías y Safira (Hechos 5), cómo ambos fueron castigados con la muerte por haber mentido. El versículo 3 nos dice claramente que mintieron “al Espíritu Santo”, y el versículo 4 añade: “No has mentido a los hombres sino *a Dios*”.

Muchas veces escuchamos referencias al Espíritu Santo en que se le dan distintos nombres. A veces se habla de él como la Paloma divina o la Paloma venida del cielo: una referencia al hecho de que el Espíritu Santo se apareció sobre Jesús en forma de paloma en ocasión de su bautismo. Otro nombre es el de Consolador divino.

La ocasión en la cual pensamos más a menudo en conexión con el Espíritu Santo es el Día de Pentecostés. En Hechos capítulo 2 tenemos una descripción de cómo el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos en forma de lenguas de fuego, y cómo predicaron con poder, cómo tres mil personas fueron convencidas por el Espíritu Santo, se arrepintieron, creyeron en el Señor Jesús y fueron bautizadas. “Y perseveraban en la doctrina” (versículo 42).

Aclaremos lo siguiente: El Día de Pentecostés no fue el principio del Espíritu Santo, de la misma manera como el principio de Jesús no fue el día de su nacimiento. Nunca ha habido un tiempo cuando no haya existido el Espíritu Santo. Estuvo en la creación y ya existía antes de la creación. El Día de Pentecostés fue la ocasión cuando se manifestó con todo poder de una manera especial.

El Espíritu Santo así como fue activo en la creación fue también activo en la resurrección del Señor Jesús. Pero hay tres obras especiales del Espíritu Santo:

1. *El nacimiento del Señor Jesús.* ¿Cómo fue posible que Jesús naciera de una virgen? María misma preguntó al ángel: “¿Cómo será esto? ...Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:34, 35).

Nosotros no tratamos de explicar esto; sencillamente lo creemos.

2. *La inspiración de la Biblia.* “Santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21).

3. *La obra de la gracia en el corazón.* Hasta que el Espíritu Santo no obra el nuevo nacimiento en nuestro corazón, no sabemos nada al respecto. Esta obra de darnos vida espiritual es totalmente del Espíritu Santo.

Luego él continúa la obra que ha comenzado. Guía. Enseña. Ayuda con las oraciones. Consuela. Aclara las Escrituras. Revela a Jesús.

Necesitamos mucho que el Espíritu Santo obre continuamente en nosotros. Sin él, nada sabemos.

¡Qué misericordioso es el Señor Jesús al decirnos que oremos pidiendo el don del Espíritu Santo! Jesús nos lo presenta con el siguiente ejemplo: Si un niño quiere un pedazo de pan porque tiene hambre, ¿acaso su padre le dará una piedra? O, si le pide un pescado ¿le dará una serpiente? O si pidiera un huevo, ¿qué dirían ustedes si, en cambio, su padre le diera un escorpión?

“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lucas 11:13).

Lecturas bíblicas sugeridas

Juan 14:16-27.

Juan 16:6-15.

Hechos 2 (el Día de Pentecostés).

Capítulo 7: Elección

Al oír la palabra “elección”, es posible que los niños y niñas se sientan desconcertados. O quizá en la escuela les dicen: “En tu congregación creen en la elección”. Así es, creemos en la elección. A pesar de lo que la gente diga, la Biblia está llena del concepto de la elección. Hace unos años, un muchachito que creía totalmente que la Biblia es la Palabra de Dios, me dijo:

—Pero *no* creo en la elección.

—Pues bien —le dije—, lee Romanos capítulo 9.

Así lo hizo, y luego me dijo:

—Admito que no lo entiendo del todo, pero me resulta claro que allí está.

¿Qué es elección? Antes de que Dios creara el mundo, sabía que el hombre iba a pecar y que, por lo tanto, iba a merecer su castigo. Pero Dios, con amor, escogió ciertos seres humanos y decretó que serían salvos del pecado, y que al final irían al cielo.

Vemos una y otra vez, en las páginas de la Biblia, cómo ocurre la elección. La ciudad de Ur tenía muchos habitantes, pero Dios escogió a Abraham. Abraham tuvo dos hijos: Isaac e Ismael, pero Isaac fue el escogido. Isaac tuvo dos hijos: Jacob y Esaú, pero Jacob fue el escogido.

Siempre ha sido así. Por ejemplo, hace años, en una zona industrial de Inglaterra llamada la Campiña Negra había dos niños. Ambos tenían la misma edad. Ambos estaban en la misma clase en la escuela. Ambos se llamaban Jorge Rosas. Para identificarlos, tuvieron que llamarlos Jorge Rosas “A” y Jorge Rosas “B”. Después de terminar la escuela cada uno fue por su lado y no volvieron a verse por muchos años. Pero un día se encontraron. Un Jorge Rosas iba rumbo a las carreras de galgos. El otro Jorge Rosas iba rumbo a un lugar para predicar.

Por regla general, la gente dice: “¡Pero esto es injusto!” La Biblia lo revela de la siguiente manera: de haberlo querido, Dios podía haber no escogido a *nadie*. Podía haber castigado a *todos*. Nadie, por su propia cuenta, hubiera escogido a Dios. La elección no excluye a nadie: su pecado es lo que los excluye. La elección incluye a millones.

La Biblia siempre habla de la elección como un *elección de la gracia* —la gracia maravillosa del Dios Todopoderoso escogiendo a pecadores para que al final vayan al cielo. Cierta vez le preguntaron a un famoso predicador: “¿QUÉ ES LA GRACIA?”. Él respondió de esta manera:

—Si un vagabundo viniera a mi casa y yo le diera una comida deliciosa, y luego una cómoda cama para dormir durante la noche, esto sería *bondad*. Pero si el vagabundo me robara algunos de mis bienes valiosos y aún así la noche siguiente yo le diera una comida deliciosa y una cama cómoda, eso sería por pura *gracia*. (“La

gracia es el favor gratuito de Dios a pesar de que, por nuestras acciones, no lo merecemos.”)

Quizá, chicos y chicas, ustedes se pregunten: “¿Cómo puedo saber si soy uno de los escogidos?” Dios, en su Palabra, siempre une la *elección* con la *vocación*. “Todo lo que el Padre me da [elección], vendrá a mí [vocación]” (Juan 6:37). “Bienaventurado el que tú escogieres [elección] y atrajeres a ti [vocación]” (Salmo 65:4). Los que fueron escogidos por Dios en la eternidad, a su tiempo son llamados por él. Uno por uno, son llevados a sentir que necesitan al Señor Jesús, que tienen que acudir a él para ser salvos. Invita a cada pecador necesitado y lo recibe: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).

Por lo tanto, el mandamiento es: “Procurad hacer firme vuestra *vocación* y *elección*” (en este orden) (2 Pedro 1:10). ¿He sido llamado por la gracia de Dios? ¿Me ha mostrado Dios mi necesidad, como pecador? ¿Me he atrevido a confiar en el Señor Jesús? ¿Acaso es él mi única esperanza? Entonces, si he sido *llamado*, he sido *escogido*.

La siguiente es la mejor explicación que hayamos escuchado. Varios creyentes consagrados en Escocia buscaban la respuesta a estas preguntas: “¿Cómo puedo saber si Dios me ha escogido a mí?” “¿Cómo puedo saber si soy uno de sus elegidos?” Estando reunidos, por fin le pidieron a un viejo soldado que hablara, y esto fue lo que éste dijo:

—Todos ustedes saben que yo soy un viejo soldado. Por esta razón, recibo una pensión todos los meses. Ahora bien, yo creo que en Londres hay un gran libro donde están escritos todos los nombres de los viejos soldados que reciben una pensión. Yo nunca he estado en Londres. Nunca he visto el libro, ni he leído mi nombre en él. Pero porque mes tras mes recibo la pensión, sé que mi nombre tiene que estar escrito en él.

Continuó, diciendo:

—Por lo tanto, creo que en el cielo hay un libro: El Libro de Vida del Cordero, con todos los nombres de los escogidos. Yo nunca he estado en el cielo. No he visto el Libro, ni he leído mi nombre en él. Pero porque de cuando en cuando fluyen del cielo favores divinos hacia mi alma, sé que me nombre debe estar escrito en él.

*En busca del origen del amor yo fui,
Así, a la fuente que es mi Dios llegué;
Y en su misericordia pude ver
Pensamientos eternos de su amor por mí.*

Lecturas bíblicas sugeridas

Romanos 8:28-39.

Romanos 9:6-24.

Efesios 1, especialmente la primera parte.

Capítulo 8: Redención

Hace años, en una tierra lejana, se vendían unos pájaros hermosos. Los pájaros trataban de escaparse de la amplia jaula en que estaban encerrados, pero no podían. Cierta día, un hombre elegante y de apariencia distinguida preguntó cuánto costaban los pájaros. Luego, para sorpresa de los allí presentes, dijo que quería comprarlos todos. Pero mayor fue la sorpresa cuando, habiendo pagado el precio, abrió la puertilla de la jaula, y los soltó a todos. Dijo: “En mi pasado, estuve encarcelado”.

Eso es redención. Redención significa: “dar libertad por medio de pagar un precio”. El hombre pagó el precio. Los pájaros eran de él. Entonces, los dejó en libertad.

El Señor Jesús vino del cielo a la tierra para *redimir* a su pueblo, aquellos a quienes Dios escogió. Ellos eran prisioneros del pecado y de Satanás. Jesús vino para darles libertad.

El Señor Jesús redimió a los suyos, al morir por ellos. Pagó el precio con su muerte. ¿Han notado que una gran porción de los Evangelios se dedica a contar el relato de la muerte del Señor Jesús? Éste vino para hablarles a los hombres acerca de Dios, vino para enseñar, vino para darnos un buen ejemplo. Pero, sobre todo, vino para morir.

Muchos niños no pueden entender por qué Dios no podía perdonar los pecados de su pueblo sin que su Hijo amado tuviera que sufrir una muerte tan cruel en la cruz. Recordamos a un pastor que hace años hablaba sobre el texto de Efesios 1:7. “En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”. Contó el pastor que cuando era niño, iba cargando un tablón cuando alguien le gritó: “¡Jorge!” Al volverse para ver quién lo llamaba, rompió una ventana. Inmediatamente corrió en busca de su padre, y le pidió que lo perdonara. El padre le dijo:

—Por supuesto que te perdono, ¡pero alguien tiene que pagar la ventana!

Dios no nos perdona sin que su santidad y su justicia sean satisfechas. Pero, ¿cómo quedó satisfecha la justicia de Dios cuando murió Jesús? Podemos preguntarnos: “¿Qué tiene que ver la muerte de Jesús con el perdón de los pecados?”

Se cuenta la historia de dos niños que eran muy amigos. Al ir creciendo tomaron rumbos distintos, y no se vieron durante años. Un día volvieron a encontrarse pero en extrañas circunstancias. Uno de ellos era juez. El otro era el criminal en el banquillo de los acusados. El caso fue presentado, y era evidente que el acusado era culpable. ¿Qué podía hacer el juez? ¿Podía decir que el asunto no tenía importancia porque se trataba de su amigo? Ningún juez que valga haría semejante cosa. Pero sucedió algo interesante. El juez encontró culpable al criminal. Le impuso una pesada multa que el pobre hombre no podía pagar. Entonces, el juez dejó su asiento, fue y se puso de pie junto a su viejo amigo, el criminal, y dijo:

—Yo pagaré tu multa.

Y fue así que el juez mismo pagó la multa, y el criminal salió en libertad.

El pecado tiene que ser castigado. Pero el Señor Jesús amó tanto a su pueblo que él mismo pagó la deuda. Él mismo sufrió el castigo. Murió *en lugar de su pueblo* (un sustituto).

Eso es redención —el único camino de salvación, el único camino al Cielo.

Del mismo modo, pensamos en el amor maravilloso del Señor Jesús al morir por su pueblo. Pensamos en el dolor profundo que tuvo que soportar al ser clavado a la cruz. Pensamos en el dolor aun peor, cuando sintió el peso de los pecados de su pueblo y la ira de su Padre. Y sabemos que al derramar su sangre preciosa, borró los pecados de su pueblo para siempre. Murió para que ellos viviesen.

Lecturas bíblicas sugeridas

Los diferentes relatos acerca de la muerte del Señor Jesús: Mateo 26 y 27; Marcos 14 y 15; Lucas 22 y 23; Juan 18 y 19.

Lee además Isaías 53 y casi cualquier porción de la Epístola a los Hebreos.

Capítulo 9: La resurrección

Hace algunos años cierto joven predicaba el evangelio. Uno de sus oyentes, que era ateo, le hizo llegar una nota con la siguiente pregunta: “¿Qué tiene tu religión que las otras religiones no tengan?” Y a renglón seguido había una larga lista de religiones: budismo, mahometismo, confucionismo, hinduismo, marxismo, etc. El joven hizo una pausa; y luego escribió la respuesta a la pregunta: “UNA TUMBA VACÍA”.

Tenemos esta maravillosa realidad —no importa lo que la gente crea o sienta—la realidad de que “el Señor realmente resucitó”. Alguien ha afirmado que la resurrección es “la realidad mejor comprobada de la historia”. Sea como fuere, hay más pruebas de la resurrección de Jesús que las que hay sobre algo como la visita de Julio César a Bretaña en el año 55 antes de Jesucristo.

Todos ustedes conocen la historia de cómo Jesús resucitó: Su cuerpo sin vida yacía en el sepulcro; la enorme piedra, los soldados de guardia; cómo vino un ángel del cielo y quitó la piedra, y cómo el Señor Jesús volvió triunfante a la vida, y salió del sepulcro. Sin duda recuerdan que se apareció:

1. A María Magdalena.
2. A las mujeres de regreso del sepulcro.
3. A Pedro.
4. A los dos discípulos en el camino a Emaús.
5. A los discípulos en el aposento alto.
6. A Tomás y a los demás discípulos.
7. A los discípulos en el mar de Galilea.
8. A 500 personas en una montaña.
9. A Santiago.
10. A los discípulos antes de su ascensión.

Cuando alguien nos cuenta una noticia que nos parece extraña, lo primero que nos preguntamos es: “¿Puedo confiar en lo que esta persona dice?” Entonces, ¿podemos confiar en los relatos que tenemos acerca de la resurrección de Jesús? Respondemos con un enfático “SÍ”. ¿Por qué?

1. Los escritores eran hombres de honor, hombres que siempre decían la verdad, hombres de los cuales se podía depender, hombres que siempre fueron considerados “santos”. Eran hombres dispuestos a *morir* por sus creencias porque estaban seguros de que eran verdad.

2. No podemos evitar notar el cambio en estos hombres. Leemos cómo, cuando Jesús fue crucificado, todos huyeron y lo abandonaron. Pedro tenía tanto miedo que hasta maldijo y juró que él nunca había conocido a Jesús. Podemos verlos en el aposento alto con las puertas cerradas y llenos de miedo. Momentos después, los

vemos valientes, llenos de audacia, sin temor de enfrentarse a sus enemigos. Miles creyeron en lo que predicaban. ¿Qué produjo tanto cambio en tan poco tiempo? El Señor y Maestro, quien había sido crucificado, había vuelto a la vida, y ellos lo habían visto y habían hablado con él.

3. Si Jesús no resucitó de entre los muertos, ¿por qué sus enemigos no pudieron producir su cuerpo? Cinco semanas después, en el Día de Pentecostés, se encontraban cerca de su sepulcro cuando Pedro predicó diciendo que Jesús vivía. Pero nadie fue a la tumba pudiendo decir: “Aquí está su cuerpo”. No, más bien: “No está aquí, pues ha resucitado, como dijo” (Mateo 28:6).

Un hombre llamado Frank Morison escribió un interesante libro titulado: *¿Quién movió la piedra?* Morison creía que era absurdo que la gente creyera que Jesús hubiera resucitado, y se propuso escribir un libro que comprobara lo ridículo que era esa noción. Primero trató de reunir evidencias. Pero más se esforzaba, más se convencía de que Jesús ciertamente había resucitado de entre los muertos. Al final, ¡el libro que escribió fue *lo opuesto* a lo que había sido su intención escribir! ¡El libro comienza con el capítulo del “libro que se negó a ser escrito”!

Algunos niños y niñas se preocupan por las diferencias en los relatos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. ¿Por qué son tan distintos? Pues bien, en aquella mañana de resurrección seguramente habría muchas “idas y venidas”. Uno cuenta un acontecer, otro cuenta otro. *Pero no se contradicen*. A tres niños, después de haber ido a una fiesta, les preguntaron qué habían comido. Uno dijo: “jalea”, otro dijo “emparedado de chorizos” y el tercero dijo: “pastel de cumpleaños”. ¡Los tres dijeron la verdad!

¿Por qué es tan importante la resurrección? El profeta Elías resucitó a un niño, también lo hizo el profeta Eliseo. Pero, ¿cuál la diferencia con la resurrección de Jesús? Elías y Eliseo lo hicieron por el poder de Dios, Jesús resucitó por su propio poder. Aquellos niños que resucitaron, después volvieron a morir, en cambio, *Jesús resucitó para nunca volver a morir*. Además, el Señor Jesús *dijo* que iba morir, y *dijo* que iba a resucitar.

Su resurrección fue una comprobación de que él era quien afirmaba ser: el Hijo de Dios. Su resurrección fue prueba de que Dios aceptó el sacrificio que Jesús ofreció. Su resurrección nos muestra que un día los cuerpos de todos los que componen su pueblo, al igual que los de los impíos, resucitarán. La Biblia se refiere a ello como “las primicias”. En la Israel antigua, el primer manojito de grano cosechado era ofrendado al Señor. Esto era lo que llamaban “las primicias”. Era más bien una promesa de que de la misma manera como se recogían las primicias, se recogería el resto de la cosecha. “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho” (1 Corintios 15:20).

Leemos que Jesucristo fue “resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:23). (“Justificar” es un término legal. Dios declara justificado a su pueblo por lo que Jesús hizo.) Surge la pregunta: “Pero, ¿acaso no fue la muerte de Jesús lo que logró la

salvación de su pueblo?” Por supuesto que sí. Pero, si fueras sentenciando a prisión por una deuda, pero en cambio otro toma tu lugar y va a la cárcel por ti, ¿cuándo te regocijarías? ¿Cuándo ves a esa persona ir a la cárcel, mientras está en la cárcel o cuando es puesto en libertad? ¿Acaso no sería cuando vieras a tu amigo recobrar su libertad? Lo que pagó tu deuda fue el tiempo que tu amigo pasó en la cárcel, y cuando fue puesto en libertad sabías que tu deuda había sido pagada totalmente, y ahora estabas realmente libre de todo cargo.

Cuarenta días después de su resurrección, el Señor Jesús ascendió al cielo. Allí vive y reina. Murió, fue sepultado y resucitó. Hay una vieja historia de un león que atraía a sus víctimas a su cueva haciéndoles lindas promesas, hasta que un día alguien le dijo: “No, las huellas indican que todos *entran* pero que nadie *sale*”. Lo mismo argumentan muchos acerca de la tumba: “Pero todas las huellas *entran*”. En el Señor Jesús vemos huellas que *salen* de la sepultura.

Lo más maravilloso que puede haber es *conocer* al Señor Jesús. Un anciano predicador solía hablar acerca de “Jesús una vez crucificado, pero ahora resucitado y exaltado”. Él es el único camino al cielo. Es una buena oración la de Pablo, que dice “A fin de que pueda yo conocerlo”. No sólo saber acerca de él, sino conocerlo a él personalmente. (¡Qué distinto es *conocer* a una persona y *saber* acerca de ella!) Todos saben acerca de la Reina, muy pocos las conocen a ella personalmente.

A través de los años, muchos niños y niñas han elevado esta preciosa oración:

*¡Señor Jesús, muéstrate a mí
como una realidad viva y brillante!
Que sea yo más perceptivo para ver las cosas de la fe
que para ver cualquier cosa externa y material.
Que seas tú para mí, más querido,
que cualquier dulce lazo humano.*

Lecturas bíblicas sugeridas

Los diferentes relatos acerca de la resurrección:

Mateo 28; Marcos 16; Lucas 24; Juan 20, 21.

Lee además 1 Corintios 15.

Capítulo 10: El nuevo nacimiento

Hace varios años, noté en cierta ocasión algo muy extraño mientras estaba sentado frente a la congregación. ¡El reloj de la capilla andaba al revés! El culto comenzó a las siete, pero para cuando terminamos de cantar el primer himno, el reloj marcaba las siete menos cinco minutos. Y al finalizar la lectura bíblica eran las siete menos quince minutos. Al principio pensé que mis ojos me engañaban, y hasta bajé de la plataforma para averiguar a qué se debía este raro suceso.

Ese reloj había ido marcando las horas en una sola dirección día tras día, semana tras semana, año tras año. Pero ahora, de pronto, comenzó a andar en dirección contraria. Esto me hizo pensar. Eso es lo que vemos ocurrir en la vida de hombres, mujeres y niños: UN CAMBIO COMPLETO. Podemos leer en la Biblia acerca de estos cambios, como el de Manasés y María Magdalena, quienes habían sido tremendamente malvados y cambiaron totalmente.

A veces llamamos a esto *conversión*: “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 18:3). Esto es obra de Dios, no del hombre; no es sólo pasar a una página nueva, no es tan sólo reformarse, no es meramente abandonar una mala costumbre. El reloj de la capilla volvió a su manera anterior de andar, pero la conversión verdadera nunca se vuelve atrás. En el Día de Pentecostés fueron salvas 3.000 personas, y todas continuaron perseverando en la fe.

Cierta vez un consagrado pastor caminaba por una calle, cuando de pronto le llamó la atención un borracho que estaba tirado a un lado de la calle.

—¡Allí tienes a uno de tus convertidos! —le gritó alguien al pastor.

—Sí, parece que su conversión fue obra mía. ¡Si hubiera sido obra de Dios, no estaría tirado aquí!

La Biblia también habla del *nuevo nacimiento*, una nueva vida dada por Dios en el corazón. Esto es lo que causa la conversión, el dar un giro total, y emprender una vida nueva. Así que el nuevo nacimiento, conocido como *regeneración*, debe ser el primer paso. Cuando nace un bebé, comienza a llorar, a sentir hambre y sed, se mueve, etc. Cuando nacemos de nuevo, comenzamos a sentir hambre y sed de Cristo, y nos conducimos de una manera distinta a la de antes.

Dado que esta es totalmente obra de Dios, no importa lo mala que haya sido antes una persona. Hay muchos relatos de personas malvadas cuyo corazón y cuya vida han sido cambiados por la gracia de Dios. Cierta vez un hombre fue a oír predicar a Jorge Whitefield, cargando varias piedras para tirárselas a la cabeza. Según el sermón iba avanzando, las piedras iban cayendo una por una al suelo. (En lugar del hombre romperle la *cabeza* a Whitefield, Dios le rompió el *corazón* al hombre.) En otra ocasión un hombre se paró sobre una mesa en un bar para burlarse de la predicación de Whitefield imitándolo; pero mientras predicaba haciendo su imitación, el hombre

se bajó de la mesa con el corazón afectado por las palabras que él mismo había dicho, y con una gran tristeza en su alma. Ese hombre se convirtió en un hombre consagrado y en un siervo de Dios.

El Señor Jesús predicó claramente acerca del nuevo nacimiento e insistió que era de *vital importancia*. No hay nada que pueda sustituirlo. Muchas veces nos dicen en alguna tienda que no tienen lo que necesitamos, pero que tienen algo que es igual a lo que pedimos. Pero para el nuevo nacimiento no hay sustitutos.

Nicodemo, un principal entre los judíos, se acercó secretamente a Jesús de noche. Externamente era un hombre bueno, un hombre religioso, y se dirigió a Jesús con cortesía. Pero Jesús fue al quid de la cuestión, y le dijo: “Os es necesario nacer de nuevo”. ¡No hay salvación sin esto! En otras palabras, le dijo a Nicodemo que ser religioso y hacer buenas obras no era suficiente. Tu mal radica en tu corazón. Necesitas un cambio total, completo; necesitas la nueva vida que tan sólo Dios puede dar.

Lo importante en el cambio es la nueva vida. La Biblia lo compara a menudo con la *resurrección*. Lo que Jesús hizo por la hija de Jairo, por Lázaro y por el hijo de la viuda de Naín, necesitamos que lo haga por nosotros. A veces, al entrar en una casa, notamos hermosos ramos de flores. Pero, al acercarnos, vemos que son artificiales. No tienen vida. No seamos como las flores artificiales.

Cuando recibimos vida, el cambio produce *arrepentimiento* y, a la vez, *creemos*. La Biblia habla mucho acerca del arrepentimiento y de la fe.

Necesitamos arrepentirnos de nuestros pecados, de nuestra desobediencia y de nuestra rebelión contra Dios. Jesús predicó que “los hombres tienen que arrepentirse”. Juan el Bautista predicó el arrepentimiento, y también los Apóstoles lo predicaron. Vemos claramente que no hay perdón sin arrepentimiento.

¿Qué es arrepentimiento? Es sentir pesadumbre por nuestros pecados y ponerlos en las manos de Dios, apartarnos de ellos completamente; es girar en dirección contraria como aquel reloj. ¡Necesitamos arrepentirnos de nuestros pecados y confesarlos! Pero, ¿qué beneficio nos puede dar lamentarnos por nuestros pecados y luego seguir cometiéndolos? El cántico infantil tiene mucha razón:

*Arrepentirse es renunciar
a los pecados antes amados,
demostrar con sinceridad
que no serán ya practicados.*

Recordamos a un viejo rufián, conocido por toda la comarca, que venía a la capilla una vez al año en el día del aniversario. Durante el culto lloraba y se lamentaba, diciendo: “¡Yo sé que aquí es donde debiera estar! ¡Yo sé que aquí es donde debiera estar!” Pero después no volvíamos a verlo por espacio de un año. Llegó un año cuando no apareció; se había quitado la vida. Derramar lágrimas sin abandonar el pecado —eso no es arrepentimiento.

Luego está la *fe*. No se trata solamente de creer que Jesús vivió, murió y resucitó, sino *confiar* en él. Tanto el arrepentimiento como la fe son dones impartidos por Dios. Cuando tenemos una conversión auténtica, cuando realmente nacemos de nuevo, renunciamos a cualquier esperanza en nosotros mismos, o a cualquier seguridad derivada de lo que hemos hecho, ¡y confiamos SOLAMENTE en el Señor Jesús!

¡Qué importante es la palabra *solamente*! En la época de la Reforma, el gran debate entre protestantes y católico romanos era la justificación por la fe. Los católico romanos estaban dispuestos a aceptar la justificación por la fe —siempre y cuando se eliminara la palabra “solamente”. “Tengan cuidado de no excluir la palabra *solamente*”, fue el consejo recibido por varios pastores que se disponían a debatir a sus opositores.

La fe es personal, y siempre contiene el elemento de confiar. Veamos el caso de Blondín, el famoso equilibrista que ¡podía cruzar las cataratas del Niágara caminando sobre un cuerda extendida sobre las cataratas! Y no sólo eso, ¡podía empujar una carretilla con un hombre en ella en la misma cuerda! ¡Asombroso! Cierta vez hablaba Blondín con un amigo acerca de sus logros, y le preguntó al amigo si creía que él, Blondín, podía empujar a un hombre sobre la cuerda y llegar a salvo. El amigo dijo que sí, pero Blondín insistió queriendo asegurarse de que realmente lo creía.

—No dudo de tu habilidad para cruzar andando sobre la cuerda y de llevar al hombre a salvo —dijo el amigo.

Pero se negó a meterse en la carretilla y dejarse empujar por la cuerda. ¡No confiaba realmente en él!

¡Cuán importante es la obra del Espíritu Santo en el nuevo nacimiento, la cual nos capacita para huir del pecado, acudir a Dios y confiar en el Señor Jesús!

Volvemos a citar a Whitefield. En cierta ocasión se hospedaba en una casa donde lo trataban con gran cortesía y bondad. Pero, lamentablemente, podía ver que sus anfitriones estaban ajenos al nuevo nacimiento. Oró pidiendo orientación sobre cómo encarar la cuestión, y con una sortija de diamantes escribió en el espejo: “UNA COSA TE FALTA”. Dios hizo de estas palabras una bendición.

En una ocasión, por pura curiosidad le preguntaron al Señor Jesús si serían pocos los salvos. Jesús respondió de una manera inesperada diciendo: “Esforzaos a entrar por la puerta angosta”. En otras palabras: ¿Qué de ti?

“Una cosa es necesaria” (Lucas 10:42). “Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7). “El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5). “Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entrareis en el reino de los cielos” (Mateo 18:3). “Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13:3, 5).

Lecturas bíblicas sugeridas

Juan 3:1-17

Efesios 2:1-9

*Si has nacido para vivir
vives porque has nacido.
Si has de vivir después de morir,
pide a Dios que hayas renacido.*

Capítulo 11: Santificación

A menudo leemos en los periódicos acerca de personas que han sido enviadas a la cárcel, quizá por haber robado o aun por haber cometido un homicidio. Desgraciadamente, cuando salen de la cárcel, siguen siendo igual que antes, no han mejorado para nada. ¡Cuántas veces hemos leído acerca de personas que han cometido un crimen el mismo día en que fueron puestas en libertad!

No sucede lo mismo cuando Dios perdona a alguien. Dios, al perdonar, también hace que la persona sea diferente. Desde ese momento, su vida ha sido cambiada completamente.

El hombre más malvado en la Biblia fue Manasés, en el Antiguo Testamento. Un día Dios comenzó a obrar en él y, pasando por grandes dificultades, le pidió a Dios que lo perdonara. Y Dios lo perdonó. Desde ese momento, la vida de Manasés fue distinta. Dejó de hacer las cosas malas que había hecho antes y comenzó a hacer lo bueno.

La Biblia llama a esto, *santificación*. Manasés no sólo fue perdonado, sino que Dios también lo santificó. Cada persona rescatada por Dios del infierno, también es santificada. A pesar de que un juez le conceda el perdón a alguien, no puede santificarlo. Lo que los hombres ni la ley son capaces de hacer, Dios es capaz de hacer.

Santificar algo en realidad significa separarlo para algún uso sagrado. En el Antiguo Testamento, las copas y vasijas del tabernáculo y del templo habían sido “santificadas”; éstas habían sido apartadas para ser usadas *solamente* en los cultos; no eran para darles un uso común. Dios separó a los que constituirían su pueblo antes de que nacieran, pero es en el nuevo nacimiento cuando son santificados —son hechos santos de corazón y de conducta.

El cántico infantil dice: “Murió para que seamos perdonados”: esto es salvación; “Murió para hacernos buenos”: esto es santificación. La gracia que salva también santifica.

Muchos niños y niñas, al igual que personas mayores, confunden la justificación con la santificación. Si somos pueblo de Dios, la:

Justificación

está fuera de nosotros
es perfecta
nos considera santos
es nuestro estado
nos salva de la culpa del pecado

Santificación

está dentro de nosotros
no es perfecta
nos hace santos
es nuestra experiencia
nos salva del poder del pecado.

Necesitamos la obra del Señor Jesús para nosotros (justificación), y de la obra del Espíritu Santo en nosotros (santificación).

El catolicismo romano parece no tener una doctrina de santificación. Un hombre peca, luego va a misa, toma la hostia, y quizá siente cosas aparentemente sagradas, pero luego vuelve a cometer los mismos pecados. En cambio, si los que son del pueblo de Dios han sido salvos, entonces deben ser santificados. Esto es lo que la gente nota, aun los impíos. Éstos no leen la Biblia, no pueden comprender algunas de las doctrinas bíblicas; no obstante entienden cuando alguien malo comienza a comportarse de una manera diferente; cuando un borracho pasa a ser sobrio, cuando un hombre que maltrataba a su esposa, de pronto, es bueno con ella; cuando un maldiciente deja de decir malas palabras o cuando un hombre deshonesto se convierte en honesto.

Aun si alguien no ha sido malvado exteriormente, se notará la diferencia. A una muchachita sirvienta, le preguntaron si podía dar pruebas de que su vida había cambiado, de cómo la gracia había transformado su vida. Lo pensó por un momento, y luego contestó:

—Sí, hasta hace poco, yo limpiaba bien donde la gente podía ver la limpieza. Ahora limpio bien hasta en los lugares ocultos.

La santificación es parte de la obra de Dios que va preparando a su pueblo para el cielo. Si sacaras a un pez del mar y lo pusieras en una hermosa pradera, no sobreviviría. Si arrojaras a un águila al fondo de un lago, moriría. Tanto el pez como el águila estarían fuera de su ambiente. De la misma manera, una persona sin santificar sería infeliz en el cielo.

Cierta vez leímos acerca de un hombre pobre e ignorante que heredó una mansión con caballos y carruajes, bellos jardines, sirvientes y riquezas sin medida. (Se trataba de un pariente lejano.) Pero el pobre hombre era infeliz. Su conducta era tan vulgar que al final, todos se reían de él. Poseía la mansión y la herencia, pero sus modales y su naturaleza no habían cambiado. Se encontraba fuera de su ambiente. Sí, “El cielo es un lugar preparado para un pueblo preparado”.

Hace años, los niños escoceses tenían que aprender su catecismo (el cual sabían tan bien como las tablas de multiplicación). Una de las preguntas era: “¿Qué es santificación?” “Santificación es la obra de la gracia gratuita de Dios, por la cual

somos renovados hasta ser el hombre completo, a la imagen de Dios, y capacitados... para morir al pecado y vivir justa y rectamente.”

Pero nadie es perfecto mientras esté sobre la tierra. Quedan restos de pecado en nosotros, y somos tentados por Satanás. Así que la vida será una batalla, una ardua batalla. Dentro del cristiano hay dos naturalezas diferentes (como un perro y un gato en una jaula). Pero por medio de la gracia de Dios el cristiano obtendrá al final la victoria por medio de Cristo. Para cualquier niño o niña que siente los efectos de la lucha, el consejo de las Escrituras es:

Ora sin cesar.

Busca a Jesús para que te ayude.

Depende de él.

No confíes en tu propia fuerza, busca la fuerza de él.

Evita los lugares malos y las malas compañías.

Reconoce que Satanás, el mundo y la carne son más fuertes que tú.

Pide protección para cada día y cada hora.

Ora pidiendo gracia para permanecer firme.

Aférrate a Cristo.

La mayoría de ustedes habrán oído hablar de Juan Newton, traficante de esclavos y blasfemo, a quien Dios llamó por su gracia y lo hizo su siervo. Juan Newton dijo cierta vez: “No soy lo que quiero ser. No soy lo que debería ser. No soy lo que seré algún día. PERO NO SOY LO QUE ANTES ERA”.

Lectura bíblica sugerida

El último capítulo de casi todas las Epístolas.

Capítulo 12: La providencia

Cierto día un cocinero le sirvió una taza de té a dos muchachas sirvientas de la casa. La primera, se tomó alegremente la suya. La otra arrojó la taza al otro lado de la habitación, pero dijo inmediatamente:

—Oh, lo siento tanto, no sé por que hice semejante cosa.

Resulta que las tazas de té tenían veneno. La muchacha que se había tomado la suya cayó muerta.

¿Por qué ocurrió esto? Habrá quienes digan que fue por pura suerte. Pero la Biblia no enseña nada acerca de la suerte, las casualidades o el destino. Pero sí nos enseña acerca de la providencia de Dios. Pablo dijo que: “Las cosas que me han sucedido, han redundado más bien para el progreso del evangelio” (Filipenses 1:12). Los cosas no le ocurrían por casualidad. Surgían de la providencia de Dios; surgían según éste las había planeado.

Providencia es Dios ordenando todas las cosas que ocurren, pero sin ser responsable de ninguna manera por el pecado. Lo que Dios planeó en la eternidad (su propósito), realmente lo lleva a cabo a su tiempo (su providencia).

La providencia afecta hasta los detalles más pequeños en la vida del hombre, y en toda la creación. El Señor Jesús dio el mejor y más breve sermón acerca de la providencia de Dios: “¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados” (Mateo 10:29, 30).

Ni siquiera cae a tierra un pajarillo sin que Dios lo ordene (¡notemos qué poco valor tienen los pajarillos para los hombres ya que se venden a dos por un centavo!).

Si regresas a tu casa de la escuela y has perdido diez centavos, inmediatamente se lo cuentas a tu madre, pero no le dices nada si perdiste un cabello. Bueno, quizás ni te hayas dado cuenta si perdiste o no un cabello. Pero Dios sabe hasta el número de cabellos en tu cabeza, y él ve cuando cae uno.

*Las circunstancias más minúsculas
tú con tu vista ves.*

La providencia de Dios siempre obra el bien para su pueblo. Todos sabemos el versículo que dice: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, eso es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28).

El libro de Ester en la Biblia nos muestra la providencia de Dios obrando en una manera especial. Notemos que no se menciona el nombre de Dios ni una vez en el libro, pero podemos ver su *mano* en cada una de sus páginas.

Recordemos los acontecimientos. Amán iba a presentarse ante el rey la mañana siguiente para solicitar la muerte de todos los judíos. Quería deshacerse especialmente de Mardoqueo, “Pero esa noche el rey no pudo dormir”. ¿Por qué esa noche? Seguramente la cama del rey ha de haber sido la mejor y la más cómoda.

Entonces, como no podía dormir, el rey mandó a buscar los libros de las crónicas de lo que había ocurrido durante su reinado. ¿Por qué leer un libro? ¿Por qué no hacer otra cosa? ¿Por qué este libro en especial? Y fue así que leyó acerca de cómo, en una oportunidad, Mardoqueo le había salvado la vida. ¿Por qué fue a dar justamente en ese párrafo del libro? También descubrió que Mardoqueo nunca había sido recompensado. ¿Por qué no había sido recompensado? ¿Y por qué decidió el rey hacerlo ahora? Cuán cierto es: “Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová” (Proverbios 21:1).

Entonces, cuando el malvado Amán se presentó ante el rey para solicitar la muerte de los judíos, se encontró con un rey totalmente diferente al día anterior. “¿Qué haré al hombre cuya honra desea el rey?” preguntó el rey. Al final, fue Mardoqueo en vez de Amán, quien cabalgó a través de la ciudad en el caballo del rey y en vestimentas reales.

Un maravilloso himno acerca de la providencia de Dios dice así:

*Dios actúa en maneras misteriosas;
Las maravillas que hace, son sin igual.*

La historia de José es muy conocida. Parecía que todo le iba mal, pero en realidad, todo le iba bien. Su padre lo envió a encontrar a sus hermanos, quienes lo odiaban. Pero no pudo encontrarlos. Estaba a punto de regresar a su casa, cuando un extraño le preguntó qué hacía. ¿Por qué preguntarle? Y aconteció que este extraño había oído a los hermanos de José comentar que iban a Dotán. ¿Por qué lo habría oído? ¿Por qué lo habría recordado? ¿Y por qué se encontraba ahora con el hermano de ellos? Bien, ustedes saben el resto de la historia, ¿o no? José fue echado por sus hermanos en un pozo, fue vendido a los ismaelitas, fue hecho esclavo de Potifar, vilmente acusado por la esposa de éste, encarcelado, olvidado... hasta que, en el momento preciso, Dios lo sacó de la cárcel y José interpretó los sueños del Faraón, y el Faraón lo convirtió en la persona más importante de Egipto. Más adelante, salvó la vida de su padre y de sus hermanos. José pudo decirle a sus malvados hermanos: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien” (Génesis 50:20). Tal es la providencia de Dios.

¡Tantas cosas dependen de tan poco! ¿Conocen ustedes la poesía escrita por Guillermo Gadsby? Dice así:

*El polvo no se levanta del suelo,
Ni un pájaro vuela, ni hay una nube en el cielo,
Ni una polilla es aplastada, ni un árbol se deshoja,
Sin que Dios lo ordene, sin su maravilloso consejo.*

Hace muchos años un pastor, perseguido por unos asesinos a causa de su religión, se escondió en un pajar. No tenía nada para comer, y no se atrevía a salir de su escondite. ¡Pero cada día se acercaba una gallina y ponía un huevo para él!

Hemos mencionado a Juan Newton. Éste siempre fue un hombre puntual, pero un día, siendo capitán del puerto en Liverpool, se retrasó. El barco que iba a inspeccionar había zarpado. Minutos después, hubo una explosión ¡y el barco se hundió!

El famoso San Agustín siempre regresaba a su casa por el mismo camino. Pero cierto día, por alguna razón, decidió tomar otro rumbo. En la ruta que usualmente tomaba ¡lo esperaban escondidos unos criminales para asesinarlo!

Cierta noche, un pastor puritano de apellido Dod, no podía dormir. Tenía la sensación de que tenía que visitar a un miembro de su congregación. Su esposa le instó que se fuera a dormir, que podía esperar hasta la mañana. Pero él dijo:

—No. Tengo que hacerlo ahora mismo.

Al fin partió, y al llegar a la casa del hombre, ¡éste estaba a punto de quitarse la vida!

En la época de la Reforma, Bernardo Gilpin iba a ser ejecutado por sus creencias religiosas. Era él un pastor que siempre decía que “todas las cosas les ayudan a bien” a los que aman a Dios. ¡Cómo se rieron sus enemigos cuando, camino al cadalso, Gilpin se fracturó una pierna! Lo hostigaban diciendo: “¿Cómo puede esto obrar para bien?” Pero fue así. Antes de que la pierna rota sanara lo suficiente como para poder caminar hasta el lugar donde sería ajusticiado, murió la Reina María, y subió al trono la Reina Isabel quien lo hizo poner en libertad.

El Banco Real de Londres tiene en su emblema un saltamontes grande. Don Tomás Gresham, el fundador, de recién nacido fue echado en un campo para morir. Un niño oyó el chirrido de un saltamontes, y, al buscarlo, encontró al bebé que su madre acogió y crió.

Durante la terrible masacre de creyentes en París, en la noche de San Bartolomé, un pastor llamado Du Moulin se escondió dentro de un horno. Inmediatamente una araña tejió una telaraña sobre la puerta del horno. Al verla, sus enemigos dijeron:

—No hay necesidad de buscar aquí.

Podríamos relatar cientos de historias semejantes acerca del misterio de la providencia de Dios ordenando y controlando *todo*.

Lecturas bíblicas sugeridas

La historia de José (Génesis 37-50).

El libro de Ester, especialmente los primeros siete capítulos.

Capítulo 13: Seguridad eterna

Hace unos años un hombre nos relató su historia. Cuando era joven, Dios lo había bendecido, y por un tiempo era muy feliz. Luego, poco a poco, fue sintiendo que estaba en oscuridad. Ya no podía sentir las bendiciones de Dios. Pensó que Dios lo había abandonado y que lo había rechazado para siempre. No teniendo con quién hablar, y al no conocer a ningún pastor que pudiera ayudarlo, se sentía totalmente infeliz, creyendo que estaba perdido.

Un día acudió a la iglesia. Con tristeza tomó un libro de oraciones (era una iglesia anglicana) y sin pensarlo, comenzó a hojear las páginas. De pronto, para sorpresa suya, estaba leyendo los 39 Artículos de Fe y, por primera vez, leyó que Dios nunca desecha a quienes ha bendecido. Él los ha escogido, los ha predestinado, Jesús murió por ellos —así que nunca jamás se perderán. El joven salió de la iglesia más feliz que nunca.

La Biblia enseña claramente esta verdad: que el pueblo de Dios nunca puede perecer. Aunque los suyos se sientan deprimidos o tristes, aunque caigan en tentación, aunque *sientan* que Dios los ha abandonado; aunque sufran la oposición continua de Satanás, la seguridad de los escogidos de Dios es eterna.

Recuerdo vívidamente cuando uno de mis hijos pequeños subió por primera vez a un tren. En cuanto el tren salió de la estación, pasó sobre los remaches de los rieles. Se oyó un ruido ensordecedor, y, alarmado, el niño exclamó:

—¡Nos salimos de las vías!

Pero su hermano mayor, quién había viajado antes en tren, lo calmó diciendo:

—No, el tren no se sale de las vías.

De la misma manera, cuando aparecen los problemas y las dificultades, muchos jóvenes cristianos piensan que Dios los ha abandonado, pero los cristianos más maduros saben la bendita verdad: “Una vez en él, en él para siempre”.

Por supuesto que esto no nos debe sorprender. ¿Podría un pastor estar feliz si una de sus ovejas se le pierde? ¿Podría un rey sentirse feliz si se perdiera una de las diademas de su corona? ¿Y cómo podría Dios perder a aquellos que ha amado y escogido? ¿Cómo puede Jesús perder a los que compró a tan alto precio? ¿Cómo puede el Espíritu Santo perder a aquellos en cuyo corazón él mora?

Recordemos siempre las tres “P”:

1. *La promesa*. El Señor ha prometido a su pueblo que nunca serán desechados, ni permitirá que vayan al infierno al final. “Yo les doy vida eterna; y no perecerán para siempre, ni nadie los arrebatará de mi mano” (Juan 10:28).
2. *La plegaria*. El Señor Jesús, antes de morir, oró por todo su pueblo: que fueran guardados y al final fueran al cielo. “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado” (Juan 17:24). Esa plegaria *tiene* que ser contestada.

3. *El poder*. Somos “guardados por el poder de Dios”(1 Pedro 1:5). La palabra “guardados” realmente significa “guarnecidos”, rodeados de una fuerte guarnición de soldados. Esa guarnición constituye el mismo poder que creó al mundo.

La verdad de que los creyentes no pueden perderse es una hermosa realidad para los jóvenes que pertenecen a Cristo. Ellos saben cuán débiles son, y cuán fuerte es Satanás. Piensan en los muchos años que aún les queda por vivir. Sienten la severidad de la lucha. Pero saben que en Cristo hay seguridad. ¡Qué milagro el que Jesús nunca haya perdido a nadie y que nunca lo perderá! Los jóvenes viven en un mundo de cambios constantes, donde todo parece tan inseguro, y a menudo también sienten inseguridad, pero podemos tener la certidumbre de que todo el pueblo de Dios llegará al cielo.

Hay dos preguntas que a veces se hacen los jóvenes:

¿Qué de los que parecen ser buenos cristianos y de pronto dejan de serlo?

La Biblia nos habla de esto claramente. Menciona a varios que *parecían* ser parte del pueblo de Dios quienes perecieron. Por ejemplo: Saúl, Ahitofel, Judas Iscariote, Simón el Mago, etc. Ninguno de éstos realmente pertenecía al pueblo de Dios.

¡Qué advertencia seria para los que parecen ser cristianos verdaderos, y, al final, prueban no serlo!

¿Acaso la creencia de que “una vez hijo de Dios, siempre hijo de Dios” no tienta al pueblo de Dios a vivir y pecar tal y como le plazca?

1. ¡NO! La gracia que nos salva, también nos santifica. La Biblia habla del león convertido en un cordero. Entre otras cosas, ocurre un cambio de apetitos. Podríamos poner un cordero en un gallinero y no se comería las gallinas como lo haría un león.

Recuerdo haber leído acerca de una jovencita cristiana a quien sus amigos le dijeron que, por haber aceptado a Cristo como su Salvador, ya ella no iba a poder hacer lo que antes le gustaba hacer. Ella respondió:

—Sí puedo, hago lo que quiero.

—Entonces, ¿por qué no vas a bailar a la discoteca? —le preguntaron sus amigos.

—*¡Porque ya no quiero!* —fue su respuesta.

2. Pero si sucede que un hijo de Dios comete una falta, Dios lo castiga y lo disciplina. Dios hace que se sienta afligido y se arrepienta, muchas veces por el efecto de su Palabra, otras veces por efecto de las dificultades.

Todos conocemos el relato de un mal que hizo el Rey David. ¡Pero no siguió haciéndolo! Dios hizo que David se sintiera afligido y arrepentido, y entonces lo perdonó. Un buen padre de familia no echa fuera de su casa a un hijo cuando ha cometido una falta.

3. La Biblia nos advierte acerca de los que no perseveran hasta el final. La prueba de que realmente somos hijos de Dios es que perseveramos.

Juan Newton, quien una vez fuera capitán de barcos, contó de un sueño extraordinario que tuvo. En el sueño se encontraba en el puerto de Nápoles cuando subió a bordo un ser glorioso que le dio una valiosa joya. Agradecido, Juan Newton la tomó, colmado de felicidad.

Pero subió a cubierta otra persona, y comenzó a burlarse de Newton, diciéndole que la joya carecía de valor e instándole que se deshiciera de ella. Al final, Newton comenzó a creerle, tomó la joya y la arrojó al fondo del mar. Inmediatamente, en su sueño, se sintió horrorizado. El cielo se oscureció, y vio un volcán que hacía erupción. “¡Qué es lo que he hecho!” exclamó Newton.

Al poco tiempo regresó el ser glorioso, y le preguntó a Newton dónde estaba la joya que le había dado. Avergonzado, Newton confesó que la había echado al mar. ¿Qué sucedería ahora? Newton, en su sueño, vio cómo la persona gloriosa se lanzó al mar, se sumergió en el agua, y, después de un momento, apareció con la joya.

Cuando regresó a cubierta, Newton extendió su mano para recibir la joya, pero el ser glorioso dijo:

—No, la joya es tuya. Siempre será tuya, *¡pero yo la guardaré para ti!*

Lecturas bíblicas sugeridas

Juan 10.

Juan 17.

Romanos 8:28-39.

Filipenses 1:1-6

1 Pedro 1:1-5.

Capítulo 14: Las últimas cosas

Muchos niños están muy interesados en saber lo que pasará al fin del mundo. Abundan las personas listas para dar cantidad de respuestas. En las cosas que realmente importan, la Biblia es muy, muy clara.

Este mundo no durará para siempre. Un día será arrasado por el fuego. Dios ha prometido que no enviará otro diluvio —nos lo recuerda cuando vemos el arco iris— pero el día vendrá cuando Dios destruirá el mundo con fuego.

Donde muchas personas han fallado —aun personas bien intencionadas— es en tratar de fijar fechas. En el pasado, se han mencionado muchas fechas. La fecha llega, y nada ocurre. Una de las fechas fijadas fue el año 1870. Pues bien, los chicos que tienen clases de historia sabrán que en 1870 ocurrieron muchos sucesos importantes, pero no el fin del mundo. Pero ya han pasado más de cien años, y el mundo continúa.

Aventurarse a adivinar fechas no es provechoso, especialmente en vista de que las cosas importantes sí han sido aclaradas. El Señor Jesús fue quien habló repetidas veces acerca del fin del mundo, y lo que él no nos ha revelado es mejor que no tratemos de adivinarlo.

Antes del fin del mundo, sucederá la Segunda Venida del Señor Jesús. Él vino como un recién nacido en Belén (su primera venida), y vendrá otra vez al final de los tiempos (su segunda venida). Aunque muchas cosas siguen siendo un misterio, el Señor hizo claro cuatro cosas:

1. *Jesús vendrá personalmente.* Tal y cómo ascendió al cielo corporalmente, regresará personalmente a la tierra (Hechos 1:11).
2. *Vendrá con gran gloria.* No como vino anteriormente, como un bebé indefenso, sino con todos los santos ángeles (Mateo 24:30, 31; Marcos 13:26).
3. *Su venida será visible.* Todo el mundo lo verá regresar. No será algo oculto ni secreto. (Lucas 17:24; Apocalipsis 1:7).
4. *Su regreso es seguro.* A pesar de lo que la gente diga, Jesucristo volverá (Marcos 13:31; Lucas 21:33).

Muchos de ustedes habrán oído hablar acerca del milenio. ¿Qué quiere decir “milenio”? La palabra en sí significa “mil años” y muchos creyentes creen cosas diferentes acerca de “los mil años” (mencionados en Apocalipsis 20).

Algunos creen que Jesucristo volverá y reinará personalmente en la tierra por mil años; luego será el fin.

Algunos creen que habrá mil años, (o un largo tiempo) de grandes bendiciones en la tierra; luego Jesús vendrá, y entonces será el fin.

Algunos creen que no habrá mil años de bendiciones, pero que Jesucristo vendrá, y entonces será el fin.

Muchas buenas personas han creído en una de las tres opiniones pero nosotros no creemos que Jesucristo encubrirá su gloria para reinar personalmente en la tierra. Creemos que el regreso de Jesucristo introducirá el final de todas las cosas y el Día del Juicio.

Al final de todas las cosas, no sólo será destruido el mundo, sino que, además, todas las personas que hayan vivido en todos los tiempos serán juzgadas. Jesucristo mismo será el Juez. Algunos estarán vivos cuando Jesús venga. Los que hayan muerto, justos y malos, resucitarán —sus cuerpos se reunirán con sus almas.

El Señor Jesús, como Juez, pondrá a su pueblo a su diestra, diciendo: “Venid, benditos”, y éstos entrarán al cielo para toda la eternidad. El cielo es un lugar bellissimo donde no hay pecado, ni tristeza ni sufrimientos. La gloria del cielo es el Señor Jesús mismo. Todo allí es felicidad perfecta.

Los demás, a la izquierda de Jesús, serán echados en el infierno para siempre. Jesús les dirá: “Apartaos, malditos”. Sufrirán y tendrán dolor; éste será el castigo por sus pecados contra Dios.

Aclaremos lo siguiente. Los escogidos de Dios no van al cielo por ser mejor que otros, *sino porque son salvos por obra de la gracia de Dios*.

A menudo nos preguntamos qué ocurre cuando morimos. Nuestra alma regresa inmediatamente a Dios, y entra al cielo o al infierno; nuestro cuerpo yace en la tumba hasta la resurrección al final de los tiempos.

¿Y qué de aquellos cuerpos que han sido cremados, o destrozados por bestias salvajes? Nuestra única respuesta es que lo que para nosotros es imposible, es posible para Dios. Un niño puede unir las piezas de un rompecabezas. De manera similar, Dios puede reunir todas las partes de nuestro cuerpo, no importa lo que haya ocurrido con ellas.

Cierto día, una anciana tomó un feo bulbo y lo plantó en la tierra. En la primavera, brotó una flor hermosa. La anciana recordó que es así, de esta manera, que el Señor habla de la resurrección de su pueblo (1 Corintios 15:35-38; 42-44).

Cuando el Señor Jesús habló de las últimas cosas —como la muerte, su Segunda Venida, el fin del mundo— no lo hacía para captar la atención de las personas, ni para entretenerlas, ni para responder a preguntas necias. Siempre añadía: “Estad preparados”, o “Velad, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor”.

Una señora creyente tenía un marido malvado que nunca asistía a los cultos ni leía la Biblia. Un día, comenzó a sentir curiosidad por lo que acontecería al final del mundo. Comenzó a leer la Biblia todos los días, y su esposa estaba encantada. Pero, lamentablemente, su vida seguía igual. Nunca oraba. Nunca iba a la iglesia. Continuaba en sus malos caminos. Leer la Biblia era un pasatiempo, como la jardinería o la carpintería. No queremos ser como este hombre.

Las parábolas que Jesucristo relató, como el de “Las diez vírgenes”, o el del hombre sin la ropa de bodas, nos enseñan claramente que *necesitamos estar preparados*.

Entonces, ¿qué es estar preparados para el regreso de Jesús, ya sea si morimos o si estamos vivos en su Segunda Venida? Jesús dijo: “Os es necesario nacer de nuevo”. Cuando nacemos del Espíritu Santo, hay arrepentimiento, aflicción por los pecados y alejamiento del pecado. Creerás en el Señor Jesús y le pedirás que te perdone y que te lleve al cielo. Necesitamos que el Señor Jesús nos *prepare*, lavándonos en su sangre preciosa y vistiéndonos con la vestimenta nupcial de su justicia.

Para el pueblo de Dios, la Segunda Venida, será un momento maravilloso y bendito. Será el momento cuando los propósitos de Dios serán completados, y él será glorificado para siempre.

Hace varios años, un niño se pasó gran parte de un fin de semana hablando acerca de la Segunda Venida con un anciano pastor que se hospedaba en su casa. Preguntó muchas cosas y comentaron muchos temas. El lunes a la mañana, el niño acompañó al anciano a la estación del tren. Mientras esperaban el tren, el anciano pastor se dirigió al niño diciéndole:

—Hemos hablado mucho acerca de la Segunda Venida, pero lo más importante es que nos intereseamos en su *Primera Venida*.

*Prepárame, Santo Dios
para presentarme ante ti...
con la obediencia de Cristo revestido,
y con su sangre hecho limpio;
con gozo erguido entre tus hijos
entre los que tú, oh Dios, has redimido.*

Lecturas bíblicas sugeridas

Mateo 24:36-42; 25:1-13.

1 Tesalonicenses 4:13-18.

Apocalipsis 7:9-17; 20:11-15.

*Yo espero el día alegre
cuando Cristo volverá,
pues vendrá al mundo pronto
y a sus escogidos salvará.*

*Vendrá Jesús con gozo eterno,
trayendo el remedio para el dolor;
ya no habrá lágrimas ni aflicciones,
sólo paz eterna en su gran amor.*

Cristo murió por los impíos

Por Horacio Bonar (1808-1889)

“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Génesis 6:5).

El testimonio divino acerca del hombre es que éste es pecador. Dios da testimonio contra él, y testifica que “no hay justo, ni aun uno”, que “no hay quien haga lo bueno”, “no hay quien entienda”, “no hay quien busque a Dios” ni nadie que lo ame (Salmo 14:1-3; Romanos 3:10-12). Dios habla del hombre con ternura, pero con severidad. Así como un padre suspira por un hijo perdido, pero no lo exonera de sus faltas, de la misma manera Dios no exonera de por sí al culpable. Dios declara que el hombre es un ser perdido, desviado, rebelde, un aborrecedor de Dios (Romanos 1:30), no un pecador ocasional, sino siempre pecador, pecador no en parte, con muchas cosas buenas a su favor, sino completamente pecador, sin ningún mérito que compense su maldad, malo de corazón y de vida, muerto “en delitos y pecados” (Efesios 2:1), un hacedor de maldad y, por lo tanto bajo condenación, un enemigo de Dios y, por lo tanto “bajo ira”, un violador de la justa ley y, por lo tanto, bajo la “maldición” de la ley (Gálatas 3:10). El pecador no sólo trae a luz el pecado, sino que lo carga él mismo, como parte de su ser. Es un cuerpo o una masa de pecado (Romanos 6:6), un “cuerpo de muerte”, sujeto no a la ley de Dios, sino a “la ley del pecado” (Romanos 7:23, 24).

Hay otro cargo aun peor contra él. No cree en el nombre del Hijo de Dios, ni ama al Cristo de Dios. Éste es su mayor pecado entre todos sus pecados: que su corazón no está bien con Dios es el primer cargo contra él. El segundo es que su corazón no está bien con el Hijo de Dios. Este segundo pecado es el pecado culminante, total, que lleva a una condenación más terrible que todos los otros pecados puestos juntos. “El que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:18). “El que no creyere, será condenado” (Marcos 16:16). Y la incredulidad es el primer pecado que el Espíritu Santo redarguye al hombre: “Cuando él [el Espíritu Santo] venga, convencerá al mundo de pecado, por cuanto no creen en mí” (Juan 16:8, 9).

En su estado natural, el hombre cree que no necesita defenderse, ni declararse culpable. Afirma que está perfectamente bien, que no es pecador y que no necesita perdón, cree que encontrará su camino al reino sin la cruz y sin el Salvador. Pero cuando no puede decir esto, su boca calla y queda convicto ante Dios. No importa lo favorable que lo presente su vida exterior, y lo justo que lo consideren los demás ahora, el veredicto será en su contra en el estado venidero. Este es el día del hombre, cuando los juicios del hombre prevalecen; pero el día de Dios se acerca, cuando cada caso será

juzgado por sus verdaderos méritos. Entonces el Juez de toda la tierra hará lo que es justo, y el pecador será avergonzado.

Este es el veredicto divino, no el humano. Es Dios, no el hombre, quien condena. Y Dios no es hombre para que mienta. Este es el testimonio de Dios acerca del hombre, y sabemos que su testimonio es verdadero. Es importante que nosotros lo recibamos tal como es, y que obremos impulsados por él.

“Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más” (Isaías 45:22), “un Dios justo y Salvador” (v. 21). “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isaías 55:7).

Pon los ojos, los ojos de la fe, en la cruz y mira estas dos cosas: a los crucificadores y al Crucificado. Fíjate en los crucificadores, los aborrecedores de Dios y de su Hijo. Tú eres uno de ellos. Percibe en ellos tu propio carácter. Fíjate en el Crucificado. Es Dios mismo, el amor encarnado. Él es quien te ha creado, Dios manifiesto en la carne, sufriendo y muriendo por los impíos. ¿Puedes comprender su gracia? ¿Puedes tener pensamientos malos acerca de él? ¿Puedes pedir algo más para despertar en ti una confianza total y sin reservas? ¿Te atreves a interpretar mal aquella agonía y muerte, ya sea diciendo que no significan su gracia, o que su gracia no significa nada para ti? Recuerda lo que está escrito: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros” (1 Juan 3:16). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10).

